

Filosofía cortesana moralizada.

Por Alfonso de Barros, criado del Rey nuestro Señor.

Dirigida a Mateo Vázquez de Leca, del consejo de su majestad y su secretario, y de la santa general Inquisición, arcediano de Carmona, y canónigo de la santa Iglesia de Sevilla.

En Nápoles por Iosep Cacchÿ.

1588

[1v]

[blanco]

[2r]

EL REY

Por quanto por parte de vos Alonso de Barros, nuestro criado, nos ha sida hecha la relación que vos habéis compuesto una pintura intitulada Filosofía cortesana, con ciertas diferencias de figuras y letras que se contiene en un pliego grande, y la habéis moralizado en una relación aparte; y nos suplicasteis que, teniendo consideración en ello [2v] habéis tratado, os diésemos licencia y mandásemos que vos o la persona que vuestro poder hubieren, lo podáis imprimir y vender en estos nuestros reinos, y no otras algunas, o como la nuestra merced fuese, y porque, habiéndose visto por nuestro mandado, pareció ser obra de mucho ingenio y que será útil a la República por ser de honesto y gustoso entretenimiento, por la presente os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, contados desde el día de [3r] la fecha de esta nuestra cédula en adelante, vos, o la persona o personas que para ello vuestro poder hubieren, podáis imprimir y vender en estos nuestros reinos y señoríos la dicha pintura y moralidad de ella.

Y mandamos que otras personas algunas no lo puedan imprimir ni vender, ni impriman ni vendan en estos dichos nuestros reinos y señoríos, so pena que cualesquier personas que, sin tener el dicho vuestro poder, lo imprimieren o hicieren imprimir o lo vendieren o hicieren vender, pierdan toda [3v] la impresión que hicieren y vendieren, y los moldes y aparejos con que lo hicieren, y más incurran por cada vez en pena de cincuenta mil maravedís: la tercia parte para nuestra cámara, y la tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para el denunciador. Y mandamos que cada pliego de la dicha pintura con la dicha moralidad se venda al precio que por los del nuestro Consejo fuere tasado. A los cuales y a los Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencias, y a otros [4r] cualesquier jueces y justicias de estos dichos nuestros reinos y señoríos, mandamos asimismo que guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir, esta nuestra cédula y lo en ella contenido.

Fecha en Madrid a nueve de febrero de mil y quinientos y ochenta y siete años.

YO EL REY

Por mandato del Rey nuestro señor.

Juan Vázquez [4v]

APROBACIÓN

Yo he visto esta obra que se intitula Filosofía cortesana moralizada por Alonso de Barros, criado del Rey nuestro señor, obra de mucho ingenio y que será útil a la República, por ser [como es] de gustoso y honesto entretenimiento, y en este género la mejor que he visto. Por lo cual me parece que se puede muy bien imprimir, y que será muy acepta y bien recibida de todos. A trece de enero de mil y quinientos y ochenta y siete años.

Don Alonso de Ercilla [5r]

De Liñán de Riaza

SONETO

Reducir a placer la pesadumbre
de pretensiones que consumen vidas;
aprender a ganar y a ver perdidas
las esperanzas con incierta lumbre;

Mirar como arrojadas de la cumbre,
cuanto más levantadas más caídas
están nuestras venturas, reducidas
al fallo de ambiciosa servidumbre:

Esta filosofía, no hallada
en el discurso de la edad primera
que tuvo sus deseos limitados,

estaba a vuestra pluma reservada,
como de Platón regida fuera,
para norte de gusto y de cuidados. [5v]

De Miguel de Cervantes

SONETO

Cual vemos del rosado y rico Oriente
la blanca y dura piedra señalarse,

y en todo, aunque pequeña, aventajarse
a la mayor del Cáucaso eminente,

tal este humilde al parecer presente
puede y debe mirarse y admirarse,
no por la cantidad, mas por mostrarse
ser en su calidad tan excelente.

El que navega por golfo insano
del mar de pretensiones verá al punto
del cortesano laberinto el hilo:

felice ingenio y venturosa mano
que el deleite y provecho puso junto
en juego alegre, en dulce y claro estilo. [6r]

Al Lector

Materia es ésta del pretender, donde, cuando todos los escritores de buen entendimiento que ha habido y hay hoy en el mundo quisieran mostrarse, por mucho que hubieran continuado la pluma, quedarán cortos, según los altos y bajos de próspera y adversa fortuna, contentos y [6v] quejas de agravios que en ella hay. Y cuando yo lo quede, quedaré disculpado, pues mi intento no ha sido sino mostrar entre burla y juego las veras y desventuras que siguen a una larga pretensión, y reducir a orden lo que tan sin ella se trata. El que con más curiosidad lo quisiere mirar, muestre su habilidad en hacer otra cosa [7r] mejor, y no ponga mucho estudio en notar sus faltas, que en ninguna de las letras humanas dejan de hallarlas los ojos cavilosos de los que las miran. Y es de creer que todos como yo han deseado acertar, y no por eso se han librado de este peligro. Esta consideración disculpa mi atrevimiento, con que si la obra no [7r] fuere tal como yo quisiera, su brevedad la asegura de ser fastidiosa, que de lo malo no es lo peor. [8r]

A Mateo Vázquez de Leca, del Consejo de su Majestad y su secretario, y de la Santa General Inquisición, arcediano de Carmona y canónigo en la Santa Iglesia de Sevilla.

La *Filosofía cortesana* que presento a v.m. es doctrina (según ha parecido a los [8v] hombres cuerdos que la han visto) necesaria, para que los que por elección o por necesidad pretenden ser acrecentados sepan los principios, los medios y los fines por do caminan y vienen a parar las pretensiones humanas. Por esta razón no he podido excusar de ofrecer a v.m. esta tan pequeña obra en las palabras, y tan grande en [9r] la sustancia y verdades que en ella hay; y porque el lugar que v.m. tiene, que es de tanta importancia y consideración, y como un centro de los negocios de esta monarquía, lo entenderá mejor que otros, y con el valor de su persona y la antigua grandeza de las casas de Leca y Colona, de donde descende, la defenderá de los que, no considerando el trabajo que estas cosas cuestan, [9v] ni el buen ánimo con que se hacen, aplican el suyo sólo para calumniarlas.

El mío ha sido hacer este beneficio a la República y mostrar el grande amor y estimación que tengo de su clara y generosa persona, debajo de cuyo amparo pongo esta obra, como lo está el autor de ella, que es premio de los mayores que puedo desear de mis trabajos. [10r]

Comienza la Filosofía cortesana de Alonso de Barros, criado del Rey nuestro señor.

El fin de la obra es principio de ella, porque primero que se ponga la primera piedra del cimiento de una casa, se tiene el fin de vivirla. Consideración es ésta que, si muchos [10v] hombres la tuviesen en sus negocios y se diesen una vuelta a sí mismos para conocerse, no pretenderían cosas que, alcanzadas, se hallasen embarazados con ellas.

Y otros también recogerían las velas de su esperanza, no se engolfando en alta mar con tan pequeño navío, que por su flaqueza cualquier borrasca les baste a anegar [11v]. Y si por ello se pierden, ponen toda la culpa a la fortuna llamándola injusta, que tuvo su inconsideración temeraria. Para cuyo desengaño se pinta aquí un discurso de pretendores con los medios más usados, que son Liberalidad, Adulación, Diligencia Trabajo, con que, pasando por la esperanza, se da en la casa del privado, y tiene por azares al olvido y que dirán, falsa amistad, mudanza de ministros, muerte de valedor y fortuna mal aprovechada, el pensó que y pobreza, por medio de algunos de los cuales se suele alcanzar la palma de lo pretendido, aunque no de balde como muestra el hombre que está por defuera.

Y [12r], finalmente, ello es un retrato al vivo de las muertes que se padecen, para que, su fuese posible, alguno escarmentase en cabeza ajena, contentándose cada cual con su suerte, supuesto que en ninguna faltan trabajos, como parece por su letra:

No puede el hijo de Adán
sin trabajo comer pan. [12v]

El que comienza a pretender entra por la puerta de la opinión, engañado de su pensamiento con la estimación propia y satisfacción que de sus valedores tiene; con la cual va tan vano, haciendo alarde de su merecer, que hace la rueda como el Pavón, hasta que el tiempo le avisa que se mire a los pies de sus deméritos y la [13r] deshaga. Y para mostrar que muchas veces de la elección del principio nacen las dificultades del fin, está encima de la puerta un Cisne con un pie levantado sobre una muerte como fin de las cosas, y una trompa dando voces que cada uno se conozca a sí mismo y mire al fin de lo que pretende, porque después [13v] no se queje de su fortuna si le fuere contraria, que por ventura no le hace agravio. Y así dice su letra:

A los pies mira razón
y a la rueda la opinión.

Con esto echa la suerte de su deseo, y tanto pasa más adelante cuantos más puntos de ventura tiene, pero con los que pinta, se señala en la casa [14r] donde cae, hasta que si el competidor le saca de ella, ha de tomar la que él dejó porque así es el uso de la competencia.

En las casas del Trabajo no se debe parar, porque en las pretensiones no ha de haber punto de descanso, so pena de quebrar el hilo a los frutos que de él resultan. Esto [14v] se figura por dos bueyes arando con unas frutas enhiladas, que son los frutos del justo trabajo, enhilados unos de otros, y los bueyes son los animales que más trabajan y menos lo sienten, si les pagan con regalo. Como el hombre, que no parece que siente el cansancio de sus trabajos sino cuando se le niega la paga que [15r] le había prometido su esperanza, a cuya causa dice su letra:

Nunca se siente el trabajo
sino cuando el premio es bajo.

Y porque todo lo que se puede pretender ha de ser (de pura necesidad) mediante trabajo, por medio del cual se alcanza la quietud de la vida, la perpetuidad del nombre, y se conquista el [15v] cielo, y el que le huye no merece coger el fruto de su deseo, pues falta a la obligación propia particular y a la general con que todos nacimos y estamos obligados por herencia de nuestros primeros padres, se manda al jugador que cuando la suerte le pusiere en algún trabajo, no repare en él sino que con buen ánimo pase [16r] otras tantas casas adelante como puntos echó para allegar allí.

En el número de las casas del Trabajo no se guarda orden, porque no la tiene la materia de que aquí se trata; no obstante que hay sin la primera otras ocho casas, que todas ellas con sus letras animan al pretensor para que no le tema, y le enseñan a que le busque y [16v] procure por lo mucho que importa y bienes que de él resultan, que son las siguientes:

Frutos del trabajo justo
son honra, provecho y gusto.

Del ocio nace pobreza
y del trabajo riqueza.

No es grande trabajo aquel
que basta a sacarnos de él.

Al fin se rinde fortuna
si el trabajo la importuna. [17r]

El fruto de la esperanza
por el trabajo se alcanza.

Trabajo es no le tener
el que de él ha de comer.

Trabajo es no le tener,
el que de él ha de comer.

Aunque fortuna es mudable,
al trabajo es favorable.

El trabajo gana palma
y quita el orín del alma.

Luego, a quince casas, se pone el paso de la esperanza, que es con la que se anima el nuevo pretendiente [17v] cuando, visitando a sus amigos y valedores y habiéndoles dado cuenta de su negocio, ellos le responden con tan gran encarecimiento de palabras y exageración de sus méritos que los juzga por mayores que su deseo, paga el portazgo y, preguntando quién puede con fulano, que es el privado, acude a su casa a [18r] pedirle favor, mas como es nuevo en el pretender siente tanto el rogar que va diciendo entre sí:

Ninguna esperanza es buena
que está en voluntad ajena.

Llegado a la casa del privado, le ofrece las primicias de su hacienda porque le dé grato oído, habiendo primero para ello aguardando coyuntura, como de la experiencia saca lo que esto importa, sale diciendo:

No pidas la mano ajena
si la tuya no va llena.

Y porque con la diversidad de negocios, de que se encargan algunas veces, se olvidan de los de mayor obligación, está puesto a treinta y dos casas el pozo del olvido, donde los [19r] echan, con una letra que dice:

El ingrato echa en olvido
cuanto bien ha recibido.

El que cayere en el pozo ha menester sogas de liberalidad para salir, ganando la voluntad de los que algo pueden con el valedor, para que le acuerden su negocio. Y así se le manda que, habiendo estado olvidado [19v] dando una mano, dé para ellas un tanto a cada unos de los jugadores y dos en la polla.

Camínase por el Trabajo adelante, hasta que a fuerza de mohínas y desengaños da el pretensor en el miedo (del “¿qué dirán?”), que es nacido de ir cayendo en la cuenta de su perdición, cuando halla trocadas [20r] sus esperanzas de la figura en que al principio las tuvo, y que le va faltando el caudal para asistir en lo comenzado. Y para volver a su tierra está con un temor grandísimo (del “¿qué dirán?”) si vuelve manivacío, según las muchas prendas que para ello ha puesto. Lo cual le hace suspenso en su determinación, hasta que la toma de dar de mano [20v] a este miedo y hacer lo que mejor pudiere; y para que así lo haga, dice la letra:

El que sirve al “¿qué dirán?”
tome el pago que le dan.

Vuelve a los dados veintiocho, a buscar otra suerte de negociar, mas, como para el desdichado que en todo cuanto mano pone halla azar, le sería la mejor suerte [21r] un breve desengaño. Están pintados con un azar de menor y una letra que dice:

Si no hay dicha en negociar,
la suerte se vuelve azar.

Más adelante, a treinta y nueve casas, está la de la falsa amistad, que es de la que usan los falsos amigos, que, como Raposa que se hace muerta por coger los pájaros que la vienen a picar, ellos se hacen muy humildes y fáciles al trato, prometiendo imposibles, que lo son de cumplir, hasta coger lo que puedan. A lo cual es menester, aunque se entienda sirviendo al tiempo, disimular con ellos, y para no hacer de amigos enemigos, ni dar lugar a que del todo se declaren por tales [22r], mostrando satisfacción de su voluntad, hacer lo que dice su letra:

Dando gracias por agravios,
negocian los hombres sabios.

Para cuyo remedio se manda al negociante que vuelva a ser pródigo con los que tuvo antes por más sospechosos, que al principio todos lo son hasta que se topan con otros peores. Lo cual va significado por un Pelicano [22v], que lo es tanto que deja de dar sus entrañas (que es la hacienda) a sus hijos y lo da a unos gatos, mostrando la fuerza que se hace a la razón con el pretender. Pues no sólo ha de ser el hombre liberal con los amigos, sino pródigo con los enemigos, aunque conozca lo poco que en ello se granjea, pues no dura más su amistad [23r] de lo que dice su letra:

El pródigo tiene amigos
cuanto come con testigos.

Tras esta desgracia sucede otra no menos grave, que es la mudanza de ministros puesta a cuarenta y tres casas, porque habiendo el pretensor granjeado con todas sus fuerzas algún personaje, ministro [22r] de su negocio, de quien se pensaba valer, se le mudan o él se muda; con lo cual se halla tan falto de acogida, por ser solo, que le es fuerza decir:

Quien limita su esperanza
sufra el golpe de mudanza.

Mándasele que vuelva de nuevo a la Adulación y haga reverencia al que sucediere en aquel lugar [24r], lo cual se figura por una Sirena con un espejo en la una mano y en la otra un Camaleón, porque el adulator persuade al que pretende engañar con ejemplos de casos viciosos que han sucedido a personas graves, mostrándoselos como en un espejo (y para que los imite y no los conozca, los cubre con capa de virtud), y también se [24v] muda de diferentes figuras, llevando el gusto del engañado, como se muda el Camaleón del color de lo que está más cerca. Y finalmente su canto y plática es como el de la Sirena, para matar por engaño al suspenso que, elevando su vanidad, gusta de su música y no se pone algodón en los oídos en tan peligroso [24r] paso como éste. Y así dice su letra:

Muestra fina y falso paño
vende adulación y engaño.

No para aquí su desventura,
sino que al tiempo que esperaba conseguir el fin de su deseo, le ve del hombre que más le favorecía, que es la muerte del valedor, puesta a cuarenta y seis casas, de donde vuelve con [25v] lágrimas a comenzar el juego de nuevo, buscando otro favor, porque como dice la letra:

El hombre que en hombres fía
queda cual ciego sin guía.

Tras la adversa fortuna viene la próspera, para mostrar que no hay ninguno tan falto de ella a cuya puerta no llegue y le ayude, si él se sabe [26r] aprovechar del tiempo; y por eso se pone la fortuna a cincuenta y una casas con una letra en la mano que dice “Yo trueco y mudo el consejo”, que es lo mismo que decir “Yo soy la que dispongo vuestros consejos en las determinaciones, y guío vuestras obras en los efectos, para que hagáis o dejéis de hacer diligencias”. De donde se colige que no [24r] es la diligencia (como algunos dicen) madre de la buena ventura, sino hija y criada a sus pechos, porque hablando bien, no hay fortuna sino una disposición de la voluntad de Dios, universal gobernador de todas nuestras acciones, para que con este conocimientos toleremos con paciencia nuestros males, que haciendo de [27r] la fuerza virtud, los convertiremos en bienes. Pues como la letra muestra:

Todo está a disposición
de fortuna y permisión.

Y porque la demasiada dicha muchas veces no aprovecha, antes destruye y daña al que no la tiene en saberse aprovechar de ella, se manda al jugador que llega a [27v] la casa de la fortuna, juegue dos veces, como lo hace el que es dichoso, para que se vea si lo es, estando el juego de manera que con dos suertes se gana la polla y con las de más se pierde o se dilata.

También se debe notar que aunque tiene mano la fortuna en la elección de las diligencias, no se han de fiar todas de ella, ni es causa bastante para [27r] que el pretensor se descuide en hacer lo que pudiere, que con medios ordenados para este fin sin poderle nosotros juzgar. Y la tibieza confiada para el dejarlo todo es escudo de los holgazanes, y más de los que son tales que, no haciendo ellos diligencia en sus negocios, piensan que otros lo harán. Por esto, y porque es muy de dichosos el descuidarse se pinta [28v] a cincuenta y cinco casas la del “pensé qué”, figurado por un asno echado, por la semejanza que con él tiene el que dice “Quién pensará” y no lo previene. De los cuales es cierto que dice su letra:

Del “Pensé que” huye ventura,
y la que tiene no dura.

Mándasele al tal descuidado que torne y haga diligencia, [29r] mirando como la hace el Escarabajo, que con más carga que fuerzas procura llevar a su cueva una bola de estiércol (como en efecto lo es todo lo que se pretende), y por ella se muestra lo mucho que en el mundo se trabaja, y el porqué. Lo cual está figurado a veinte casas con una letra que dice:

Cuanto trabaja y procura,
el mundo todo es basura. [29v]

Y con el tiempo, engaño y dilaciones viene el pretensor a la pobreza, que está figurada a sesenta casas por una tierra tan seca que no hay hoja ni fruta en los árboles, para mostrar lo que va a decir de la Primavera de la abundancia al Invierno de la necesidad; especial en el efecto que hace en el valedor [30r] conocer de su pretensor que ha venido a pobre, porque en viendo que lo es, luego se le seca de palabras con ser hora que lleva el viento, y mucho más de obras, fruto de la obligación que nos tenemos unos a otros. Lo cual era muy al revés en el tiempo que él tuvo hoja y fruto de gusto para ganar voluntades; que como le ha [30v] faltado el riego, todas se le han secado. A cuya causa dice su letra:

Pobreza seca el humor
de la raíz del favor.

Mándale dar limosna con que se vaya a buscar otra suerte de negociar, y va a los dados cincuenta y tres, donde está una suerte de once que suele ser buena y agradable para el que juega, [31r] pero como para el pobre ninguna lo es, aunque él la escoja, dice su letra:

En la casa do hay pobreza,
cualquier suerte es de tristeza.

Por fin de estos trabajos se pone en la casa de la victoria una palma, con que fueron antiguamente coronados los que tuvieron valor de sufrimiento en las adversidades [31v], y para ventura en los sucesos, para tanta dificultad como tiene el vencer, en cuyo tronco está una letra que dice “Ni lo mucho, ni lo poco”. Porque no se han de echar más ni menos puntos de los justos para llegar a ella, ni hacer más ni menos diligencias de las necesarias para conseguir lo que se pretende. Y por ella también se muestra la templanza que el [32r] hombre debe tener, no se ensoberbeciendo en la prosperidad de la ganancia, ni se acobardando en la adversidad de la pérdida, guardando en todo el medio, que es el nivel de las cosas y quien les da perfección. Mas como ninguna de las que se alcanzan es segura, especial dignidades, dice su letra:

Cuando tengas más fortuna,
mira que es como la luna. [32v]

Asido a las ramas de esta palma, está por defuera un hombre forcejeando por levantarse contra la bajeza de su suerte. Porque es la palma árbol que dobla y no quiebra, y por su natural levanta a quien a ella se arrima; figura de la contienda, que tiene el hombre valeroso y la fortuna contraria. Este hombre parece [33r] que ha pescado un pez en el mar de su trabajo, pero deja un zapato; donde también da a entender que no se alcanza nada en balde, ni se puede juzgar por verdadera victoria donde no se arrisca y se pone trabajo y costa. Y para que esto no se tema, siendo (como es) al parecer mayor que el recibo, dice su letra [33v]:

Nunca subirá gran cuesta
quien mirare lo que cuesta.

En medio de lo cual está un mar que se llama Sufrimiento, por el mucho que debe tener el que se engolfare en este abismo de pretensiones, pues ha de andar siempre con zozobra, corriendo diferentes fortunas, con más paciencia que un pescador de caña, cuya [31v] sumisión es tan forzosa, como lo dice su letra:

Quien pretende ha de sufrir,
como quien nace morir.

Para epílogo y significación de todo lo cual, se han de considerar las tres figuras que están puestas en las esquinas de afuera. En la primera, un Delfín con una áncora, que significa velocidad y firmeza. Y en la otra, una mujer con un manojo de cabellos en la frente y la cabeza calva, que significa la ocasión. Y en la otra, una mano señalando las horas de un Reloj, con una letra que dice “Hasta la postrera”, que significa el tiempo y cómo se pasa. Que todo junto quiere decir: “que porque en el discurso de una pretensión no hay cosa segura hasta el fin de ella, le [35r] es necesario al que pretende asista en lo comenzado con gran solicitud y firmeza, sin temer trabajo ni costa, ni perder ocasión ni tiempo, porque lo que de esto se pierde jamás se cobra; y

ninguno es tan mal perdido como aquel en que por desconfianza se dejan de hacer diligencias. Pues hasta la postrera hora, y no [35v] más, se nos concede tiempo de poderlas hacer; las cuales, como fueren, serán después de la muerte testimonio de la vida.

Y esto es en todo lo que se pretende desde la tierra hasta el cielo; especial que lo es de la tierra está sujeto a una señora que, por ser tan mudable, se dice de ella:

No sería Fortuna,
si fuese siempre una. [36r]

Y porque queda probado que toda pretensión está sujeta a la variedad y mudanzas de la inestabilidad de la [36v], vida humana, a quien los antiguos llamaron Fortuna, no parece fuera de propósito poner en rasguño algunas, por donde se conozcan las demás, para que por ellas aceptemos el suceso de lo que viniere con igual ánimo, no fiando nada de nuestro juicio, como finito, sino que, refiriendo al infinito nuestras obras y palabras, [37r] conozcamos que todo pende de su voluntad.

Pónese sobre un globo que es el universo, por el dominio y superioridad que muestra tener sobre todo lo criado que es corruptible. Y de pies sobre una bola, que con facilidad se vuelve lo de arriba abajo, significando la poca firmeza que promete en lo que da.

Píntase desnuda [36v] como lo está siempre de consideración en sus efectos, oscureciendo el sol y dando luz a la noche, atropellando el orden ordinario de las cosas tan a caso y por su voluntad que confunde el juicio de los que la quieren juzgar por el suyo y consideran sus obras. Y esto es porque las miden con el nivel y regla de su entendimiento. [38r]

Está con brazos para mostrar cómo sostiene los flacos y levanta los caídos y derriba a los más altos en su soberbia. Y en edad juvenil, porque nunca pierde las fuerzas, ni le faltan para la ejecución de sus operaciones.

Está con alas por la velocidad con que vuela y huye de sus más favorecidos y confiados [38v], y por las que ella toma en el trocar el señorío de los hombres.

Tiene dos caras, de que usa con los unos mansa, benigna y favorable, cortada a medida de su deseo, de manera que, tan soberbios como ingratos, con la mucha prosperidad, olvidados totalmente de su condición, la niegan el poder, atribuyendo a su propio [39v] valor la gloria que de ella reciben. Y con los otros se muestra tan contraria, áspera y terrible que, aunque con humildad la reconocen en todo por señora, no la han visto alegre en el discurso de la vida.

Pusieron la copete y caballos sólo en la frente, avisando de la diligencia y cuidado con que debemos estar [39v], para no perder la ocasión que se ofrece, antes que con arrebatada vuelta muestre su calva cabeza y deje burlados a los que pudiendo no la asieron y se aprovecharon de ella.

Tiene en la mano derecha un ramo de palma, insignia del vencedor, y un yugo de buey, que es la del vencido, mostrando la poca seguridad con que [40r] se vive, pues el que ayer como victorioso entró triunfando en su deseada patria, puede hoy como vencido ser despojo del vencedor y sufrir el trabajoso yugo de la servidumbre.

Tiene en el brazo izquierdo una sonaja, instrumento de alegría, y una espada, señal de rigor, para mostrar que en medio del gusto y del contento [40v] está el cuchillo de la muerte y desventuras de la vida, y en medio de la desventura y tristeza puede haber alegría. Y que es en todo tan trocada y mudable su suerte, como aquí se pinta, para que, visto, ninguno fíe ni desconfíe de la que tuviere, sino que en esta imagen aprenda a pelear, vencién dose a sí mismo en la prosperidad [41r] y animándose en la adversidad, para vencerla a ella:

Que no sería Fortuna,
si fuese siempre una. [41v]

Declaración del juego y orden de jugarle

Las pesadumbres del pretender son muchas, y aunque para su reparo fuera necesario mayor remedio, el que se ofrece ha sido hacerle del juego, del cual se ha hecho relación hasta aquí. Y para mejor entenderse hubiera de ir junto con el libro. Pero porque no estorbe al [42r] uso de jugarse, anda aparte en un papel grande pintado con 63 casas o divisiones, que son los años de la vida que se gastan en una pretensión y los que también la gastan a ella.

Tiene en la puerta de la primera casa un pavo real, que cuando se considera llevar el carro de la diosa Juno, significa grandeza, y cuando con gallardía hace la rueda, significa opinión. Y para desengaño del que, en hacerla, algunos reciben, está sobre [42v] ésta un cisne denunciador de su propio fin, y aquí lo es del ajeno, con que el tan celebrado dicho que los antiguos tuvieron por palabras caídas del cielo: “Conócete a ti mismo”, avisando de lo que nos conviene en todo.

En la postrera casa está una palma, premio del trabajo que en ello se pone, y asido a ella está un hombre que ha perdido un zapato por pescar un pez, mostrando que no hay gloria sin dificultad se alcance [43r].

En las otras casas hay ciertas figuras y correspondencias, que por sus significados puede rastrear el que con atención lo mirare qué es a lo que se aventura y qué medios le son necesarios. Y como cuando haya hecho todo lo que ha sido de su parte, serán dudosos sus fines, para que de tal manera se gobierne y lo trate que no le cause daño juzgar por suyo lo que pende de voluntad de otro.

Y con esto podrá con más facilidad [43v] y menos dolor prevenir al remedio en lo que es veras y advertir en lo que es juego lo siguiente.

Estando este papel tendido sobre una tabla o pegado en ella, y habiendo puesto cada uno de los que quisieren jugar un tanto del valor que se concertaren, se juega con dos dados pintados por todas partes, desde uno hasta seis puntos, o con seis arenillas pintadas por una. Y pueden jugar en él dos o más personas, los que quisieren [44r], que cuantos más fueren tiene más donaire el juego, por el derribarse de los competidores unos a otros, y el bajar de los que iban confiados muy adelante el subir, y llevarse la polla el que menos pensaba.

Ha de llevar cada uno de los jugadores una señal para ponerla en la casa y el número de los puntos que pintare con el dado, el que le lanzare jugando por su orden y pasándola a la casa y número de los puntos que [44v] más echare cuando tornare a jugar.

Ejemplo: juegan tres: Pedro, Diego, Rodrigo. Tomó Pedro por señal una sortija, y Diego un real de a dos, y Rodrigo un doblón, y si hubiere más jugadores, ha de tener cada uno su señal diferente uno de otro. Con esto jugó Pedro de mano y echó 6 puntos: puso por señal su sortija en

la casa 6. Jugó luego Diego y echó 4 puntos, con que llegó a la casa del trabajo. Y porque, como dice [45r] su moralidad, fol. 14, no debe el que pretende reparar en ningún trabajo, a trueque de alcanzar lo que desea, ha de pasar otros tantos puntos adelante y poner su señal, que es un real de a dos, en la casa 8. Y esta regla se ha de guardar todas cuantas veces se diere en trabajo, que es en cualquier casa donde hubiere bueyes.

Jugó luego Rodrigo y echó 5 puntos; puso su doblón en la casa 5. Tornó a jugar Pedro, y sobre 6 que tenía echó 9 [45r], con que llegó a la casa 15 que es el paso de esperanza; y mirando a lo que está escrito encima, cerrado con una raya, halla que dice “Al privado. un. 26. pi.”, que quiere decir que no ha de parar allí, sino ir a buscar favor a la casa del privado. Paga un tanto a la polla por la buena esperanza que se le ofrece y, poniendo su señal en la casa 26, paga otro por el favor que espera.

Torna Diego a jugar y echó 5 puntos, con que puso su señal en la casa [46r] 13.

Juega luego Rodrigo, que estaba en 5, y echó 10. Llegó con ellos al paso de esperanza; ha de pasar, mirando lo que está escrito encima, a la casa del privado, hállala ocupada con la sortija de Pedro, quítala, y pone su doblón. Paga dos tantos por la razón arriba dicha, y vuelve Pedro su señal a la casa 5, que es donde estaba Rodrigo, pagando un tanto porque volvió atrás.

Y así por esta orden se ha de ir jugando, y advirtiendo que, aunque [46v] se ha hecho relación de solas estas casas y de tres jugadores, se ha de entender que es lo mismo de las otras casas y de los jugadores que más hubiere, de manera que si dieren dos en una casa, se ha de quedar el segundo, y el primero ha de tomar la que el otro dejó. Y si fuere en el principio del juego, se ha de quedar sin casa el primero, pues el que después jugó no la tenía. Y si da en los bueyes, pasa otras tantas casas delante como puntos [47r] echó para llegar allí.

Llegado al paso de la esperanza, que es a quince casas, pasa a la del privado, que es a ventiséis, pagando un tanto por cada una de las dos. Y si da en el pozo del olvido, que es a treinta y dos, paga un tanto a cada uno de los jugadores y dos en la polla para sogas, habiendo estado sin jugar una mano. Y si da en el “¿Qué dirán?”, que es a treinta y seis, vuelve a los dados veintiocho, y de la falsa amistad, que es a [47v] treinta y nueve, vuelve al pródigo, que es a siete casas. Y de la mudanza de ministros, que es a cuarenta y tres, vuelve a Adulación, a diez; y de la muerte del valedor, que está a cuarenta y seis, vuelve a comenzar el juego de nuevo. Y en la casa de la fortuna, que es a cincuenta y una, juega dos veces; y del “Pensé que”, que es a cincuenta y cinco, vuelve a la diligencia, que está a veinte. Y de la pobreza, que está a sesenta, vuelve a la suerte [48r] cincuenta y tres, y danle por limosna un tanto cada uno.

Y si echa más puntos de los justos para llegar a la palma, vuelve atrás los que sobran, pagando un tanto por cada vez que volviere atrás de cualquier suerte que sea, salvo, el que da en la casa de la pobreza, que no solo no paga, sino que todos le dan cada uno un tanto.

Y el que llega con los puntos del dado al justo a la casa sesenta y tres en que está la palma, se lleva [48v] todo lo que está puesto en la polla. Así lo que se puso al principio como lo que más fueron poniendo los jugadores.

Lau Deo.

En Madridm

Por Pedro Madrigal. 1587